El
escritor
Raúl Sanz García
Editorial Inexistente

El escritor

Raúl Sanz García

El escritor

Raúl Sanz García

Editorial Inexistente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Raúl Sanz García
Madrid (España), 2026
raul@raulsanz.es
https://raulsanz.es

Editorial Inexistente, 2026
https://inexistente.es
Depósito legal: M-1280-2026
ISBN: 9798242208384

I
Donde se dice quién es José González

José González fue un hombre mediano en todo, en estatura, en edad, en talento, en belleza y en suerte. No podía por tanto quejarse, y de hecho no lo hizo ni hubiera sabido hacerlo dado su mediano carácter. Para hablar de su historia es necesario, por tanto, traerlo al pretérito imperfecto. Hablaba siempre con una voz espesa y monótona que se confundía con el ambiente, y caminaba con pasos medidos, dos por metro, aunque tuviese prisa. Su pelo era un prado nocturno en el que nevaba con frecuencia. Justo debajo, tras la frontera estrecha de una frente plana, llevaba unas gafas casi invisibles que pulían un rostro mofletudo y coloreado por el afeitado constante. Su cuerpo era también mofletudo, así como sus dedos y otras partes no visibles, y vestía casi siempre camisas a cuadros o a rayas, todas iguales salvo por las mangas del invierno.

Como buen hombre mediano, no había en él nada llamativo. Ni siquiera su imaginación, que él consideraba, sin proclamarlo, por encima de la media. Pero nadie sabe cuál es la media de la imaginación humana, si es que es posible medirla. Desde esta presunción escribía relatos, o quizás presumía porque los había escrito. De lo breve pasó a una novela corta; es decir, un relato largo, y luego a una novela normal, con una extensión más o menos de concurso literario, que él planteó como inicio de una trilogía, o incluso

de una tetralogía, y en algunos momentos de ensoñación optimista, de una pentalogía. Un inicio modesto y anónimo que podría llevarle, ¿por qué no?, a esparcir la semilla de su fantasía por todo el mundo. ¿Acaso no había sido ya laureado con el segundo premio en el certamen «Villa de Móstoles de escritura sublunar» con su *La flor del centauro*? ¿Acaso no había pulido su técnica en la «escuela literaria Torremujas» bajo la tutela de Mariano Navarrete, semidesconocido ganador del premio *Opúsculo* de novela y autor de treinta y siete libros de poesía? ¿Por qué no iba a ser él, JG, un escritor de éxito? ¿O eran necesarias, además de una imaginación por encima de la media, otras *cualidades*, como un agente, un canal de *YouTube* o un cambio de aspecto llamativo, que incluyese boinas, sombreros y gafas de pasta gruesa y cristales tintados? Todo esto lo iba a descubrir, aun sabiéndolo sin saberlo, en esta su historia, la grandiosa historia de un hombre mediano, mediocre, vulgar y prescindible que, a pesar de todo, tuvo en su mano el destino de la humanidad, aunque nadie se enterase de ello.

II
Donde se inician las aventuras de José González

Todo comenzó con dos desgracias. Primero perdió su trabajo, después a su novia. Pasaba sus mañanas laborables obligado a administrar albaranes y facturas en un almacén

en un polígono de un suburbio de una ciudad de una gran área metropolitana. Entre camioneros y carretilleros encontraba huecos para fantasear sobre mundos épico-medievales, o futuristas sociedades en las que los camiones y las carretillas se conducían solos, y no había que soportar la soez cháchara de sus pilotos. Sus ocurrencias las escribía por la tarde, en los huecos que le dejaban las series de televisión recomendadas por las redes sociales, sus paseos con Toñi o cualquier otro ocio de hombre mediano. Un miércoles de los que quedan en mitad de la semana, el gerente lo llamó a su despacho y le dijo, después de contarle un chiste y confesar su excesiva afición por el vino, que estaba despedido.

—Hemos contratado a un chino —se excusó el gerente como prevención ante unas explicaciones que no fueron demandadas.

—¿Un chino?

—Sí, un chino. Son muy aplicados y baratos. Además, China va a dominar el mundo, según dicen.

—Pero ¿habla español?

—Uy que si habla, ha estudiado filología hispánica.

«Anda, como yo», pensó JG, que en realidad había estudiado un año y medio de derecho, otro medio de filología y un cuarto de máster de administración de empresas. No le extrañó, sin embargo, que un filólogo chino acabase quitándole el puesto de administrativo en un almacén entre campos yermos y naves semiabandonadas. Se marchó sin protestar y con el breve finiquito de un contrato de seis meses que cada seis meses se había estado prorrogando hasta entonces. Llamó a su novia Toñi antes de coger el autobús

y esta le dijo que ya hablarían, que tenía mucho trabajo. Cuando se bajó del autobús, recibió un *whatsapp* de Toñi informándole de que ponía fin a su relación:

—Lo siento José, te dejo.

—¿Cómo que me dejas?

—Lo nuestro no tiene futuro.

—Lo hablamos...

—No hace falta, he conocido a otro.

—¿A otro qué?

—Anselmo.

Fin de la conversación. Anselmo era un cartero que se hacía llamar funcionario de correos y que, a pesar de llevar nombre de abuelo, concretamente el suyo, era un sujeto de menos de treinta, aunque aparentaba cincuenta. Afligido, pero no desesperado, JG paseó sin rumbo por su barrio de bloques anaranjados sobre los que comenzaba a caer un atardecer del mismo color. Se confesó a sí mismo que no amaba a Toñi, nunca la había amado, él no conocía el amor, era solo un alma solitaria necesitada de cariño y compañía. María Antonia se lo había dado con su sensualidad campechana y disuelta en olores kilométricos. Caída la faja del deseo, comenzó a verla como lo que era, una muchacha aún más mediana que él, pero con mucho más carácter.

—Es una gilipollas —fue el juicio algo más severo de un amigo suyo—. Perdona que te lo diga así ahora, pero claro...

—Claro.

—Mírala cómo anda, con esas patas gordas y torcidas, bamboleándose como si se creyera una *top model*.

—Bueno.

—Y cómo habla. Chabacana como ella sola, que hasta pronuncia con faltas de ortografía y dice un taco cada tres palabras.

—Sí.

—Insoportable y estúpida, verdulera con ínfulas de ser una tipa con clase. Una choni de barrio como hay miles. Venga, me piro. Hablamos.

Sí, realmente JG era un alma solitaria y desesperanzada, o al menos lo era en aquellos días en los que la tristeza que había esquivado siempre con su planicie existencial comenzaba a horadar su entusiasmo igualmente plano. Retomó entonces algunas de sus lecturas juveniles para recrear aquellos remotos momentos de felicidad, pero apenas pudo recrear nada. Necesitaba salir, conocer gente, ensanchar su estrecho mundo, pero ¿cómo? Todo en su vida era mediano: sus amigos, sus familiares, sus aficiones. Solo su aspiración a publicar su saga literaria tenía algo de excepcional. Pero era solo eso, una aspiración. Tras unos cuantos tutoriales y vídeos de *YouTube* sobre cómo mandar proyectos a editoriales, había mandado el suyo a todo lo que se movía. Fue muchos meses atrás. La respuesta, un silencio sepulcral, tétrico, desesperante. Ni siquiera un «gracias», ni siquiera un «ya veremos», ni siquiera un «esto lleva su tiempo», ni siquiera un «para qué nos mandas nada». Ni siquiera un «ni siquiera». Él ya lo esperaba porque, como dicen los tutoriales, los plazos son largos, ante lo cual tantas editoriales, si es que admitían manuscritos, se excusaban diciendo que estaban saturadas. «¿Saturadas de qué?», pensaba JG, para quien era evidente que un experto tendría que ser capaz de

despachar de un plumazo el noventa por ciento de la basura que le llegaba. ¿Y si le habían despachado a él de semejante modo? Ahora, sin trabajo y sin novia, aquel silencio era un abismo del que quizás no saliese nunca.

Unos días después, mientras pensaba un nombre artístico, le llegó un mensaje de Maribel.

—José González, José González... —murmuraba en alto en la estrecha habitación de su estrecho piso compartido—. Demasiado visto, demasiado español, demasiado simple... ¿Sergio Prados? No, mejor algo con un toque anglosajón. ¿Óscar Collins?

Miró distraídamente sus mensajes del grupo de estudiantes del curso de Torremujas. Maribel, de la que recordaba sus grandes gafas y sus pulgares cortos, había escrito: «¡Chicos, voy a publicar un libro con la editorial Óvalo Negro! Lo presento dentro de tres semanas ¡Estáis todos invitados! :D :D» y unos cuantos corazones y monigotes tirando besos. Siguieron felicitaciones y más monigotes, corazones, confeti, aplausos y bailaoras. JG, por supuesto, se unió al hipócrita jolgorio. No tenía por qué ir. ¿Qué sabía él de Maribel? No era su amiga y tampoco tenía intención de ligar con ella ni de cultivar su amistad. «Es un craso error —se dijo entonces— ahí tienes la oportunidad de ensanchar tu mundo, allí donde tus aspiraciones pueden ser satisfechas. Seguro que allí estará Mariano Navarrete y algún otro escritor, agente, editor o lo que sea». Para que esta declaración tuviese la potencia necesaria, había que obviar el hecho de que Óvalo Negro era una conocida marca de autoedición. Por un módico precio, y dependiendo del *pack* elegido, uno

podía sentirse escritor y anunciar que había *publicado* un libro. Daba igual lo malo que fuese, ellos le quitaban las faltas de ortografía y lo barnizaban para que la mierda relumbrase. Ese no era, desde luego, el camino que quería seguir JG, al menos de momento; además no podía permitirse los novecientos noventa y nueve euros del *pack* más barato.

Las tres semanas hasta la presentación fueron de una bergsoniana inexistencia. JG las pasó en la inconsciencia de reescribir su fascinante currículum, en el que puso una foto antigua que había sido alabada por su ex-novia y una docena de cursillos sobre los temas más variopintos. Llegado el día, abrió su armario para elegir la camisa adecuada. Entonces se dijo: «¡NO! *Du musst dein Leben* ändern». Y pensó en sus viejas camisetas adolescentes, esas con dibujos de *La Guerra de las Galaxias* en el pecho. Aún conservaba una y se la probó. Se sintió como un embutido y decidió posponer el cambio para una talla más adelante, o para cuando el hambre se cebase con él. De momento, sobreviviría con las camisas que su vida de administrativo le había impuesto.

Enlazó dos autobuses para llegar al centro sociocultural de un barrio de las afueras. Se entretuvo en la entrada con la modesta exposición de papiroflexia de los ancianos de un centro cercano. Allí se encontró con algunos compañeros de Torremujas, que lo abordaron con su hilarante conversación acerca de las circunstancias del tráfico. Él contestó obedientemente con sus propias anécdotas y pasaron al alfombrado salón de actos en el que Maribel López iba a presentar *La jaula de hielo*, una historia de amor y misterio cuya portada se repetía amontonada en una mesa

cercana: una verja oxidada hundida en la nieve; al fondo, la desolación escandinava de una hilera de árboles pelados. La creadora estaba junto a Mariano Navarrete, que había accedido a presentar el acto, y un selecto grupo de personas con cara de intelectuales o familiares cercanos. «Sí —se dijo para sí JG—, aquí está la *crème de la crème*». Alguien le dio un codazo sutil y llamó su atención hacia un sujeto de mirada penetrante que observaba el panorama desde un rincón apartado. Vestía un traje marfil y empuñaba un bastón de cabeza barroca que mantenía elevado a la altura de su pecho. Era nada más y nada menos que Fermín Cerro. Allí, en aquella humilde presentación de una novela autoeditada, estaba uno de los grandes referentes de la literatura contemporánea, el autor de *Las gaviotas verdes* o el *Opúsculo contra las indirectas*; un hombre que había ganado, entre otros, el *Premio Nacional* y el *Premio Asteroide*. Por supuesto, nadie se atrevía a abordarlo, todos conocían su tremendo carácter y las maldiciones que era capaz de lanzar sobre todo aquel que osara interrumpir su contemplación. Sobrecogido, JG lo observó de reojo: la frente estrecha y arrugada, las cejas espesas, el cabello escaso y gris, el cráneo anguloso y hundido hacia la penumbra entre los pliegues que enmarcaban una infinita sabiduría, una sensibilidad capaz de descubrir, entre la ordinariez circundante, las gotas de belleza que justificaban la existencia. De repente, Cerro lo miró fijamente, JG apartó la mirada y volvió a la conversación que lo rodeaba.

—Pues publicar en *Amazon* es muy fácil y no cuesta nada —decía uno.

—Se me dan fatal los ordenadores —decía otro.

—Todo va con unas plantillas, lo puede hacer cualquiera.

—O si no, seguro que conoces a alguien que te pueda ayudar.

—¿Y la portada? —Todos sabían que la portada era muy importante, debía ser llamativa y con letras gigantescas—. Hace falta un profesional para que te haga una buena.

—Yo tengo un primo que es diseñador gráfico...

JG peinó fugazmente la sala con los ojos entornados tras el reflejo protector de sus gafas y comprobó que la perturbadora mirada de Fermín Cerro seguía clavada en él.

—Yo manejo el *Word* —dijo nerviosamente. Nadie le hizo caso. Se apartó del grupo y cogió uno de los ejemplares de *La jaula de hielo*, lo abrió al azar para disimular y leyó:

«Oswald se sirvió una copa de vino mientras Agnes buscaba nerviosamente en su bolso. La niña no estaba en casa, Joanna se la había llevado al parque montada en la vieja bicicleta. Oswald bebió un sorbo y frunció el ceño. Algo iba tremendamente mal. De repente, se oyeron unos violentos golpes. El bolso de Agnes cayó desparramándose por el suelo. Allí estaba la llave que buscaba».

Se perdió entre la sombra que aporreaba la puerta y la niñera, que volvió poco después hundida en el llanto. La niña había desaparecido. La curiosidad por su destino no prendió sin embargo en el ánimo de JG. Una realidad más apremiante lo estaba sulfurando. Alguien se acercó a Fermín Cerro con la perruna sumisión del cazador de autógrafos. El deseado lo apartó con un gruñido. Un chillido metálico destruyó el murmullo de la espera.

—¡Sí! Se oye —decía Mariano Navarrete desde el estrado. El acto iba a comenzar—. Bienvenidos todos...

De repente, se oyeron unos violentos golpes. El micrófono estaba mal conectado y Fermín Cerro había desaparecido. Mientras el técnico lo arreglaba, JG se apartó de la mesa de los ejemplares. Sus compañeros de Torremujas habían buscado acomodo en las filas posteriores, pero él prefirió quedarse de pie. Sabía que Cerro no podía andar muy lejos y quería tener buenas vistas. La charla de Navarrete comenzó con los saludos típicos y una loa del talento de Maribel que, contra las estrecheces de las editoriales convencionales, se había lanzado valientemente con su novela al oceánico mercado cultural contemporáneo. JG no se quedó a escuchar los agradecimientos de la autora. Una urgencia le obligó a salir. Encontró la puerta del baño entre ranas de papel y se bajó la bragueta justo a tiempo para regar con su cálida orina la blancura industrial del urinario. En mitad de su micción, alguien entró. Una silueta de marfil se colocó dos tronos más allá. Su chorro golpeó impetuosamente la loza. Impresionado por el encuentro, JG se esforzó por fingir indiferencia y hasta elegancia. Se la guardó con los gestos de un hombre que mea limpiamente, pero sin preocuparse por el *qué dirán*. Luego se dirigió al lavabo y se enjabonó con abundante mesura. Miró al espejo y se encontró con la mirada perseguidora.

—Me he fijado en ti —susurró Fermín Cerro con su voz profunda y áspera.

JG tartamudeó y se quedó con las manos chorreantes colgadas a la altura de su barriga.

—¿Es usted... us usted?

—Da igual quién yo sea.

Siguieron tres segundos de silencio que parecieron eternos. JG no sabía qué decir y tenía la necesidad de secarse las manos. No quería usar el chorro de aire para no romper la *magia*, tenía miedo de que ese aire se llevase al espectro que le hablaba. Se acercó a un retrete y arrancó un pedazo de papel rancio mientras cloqueaba como una gallina:

—Qué... qué... yo... yo...

—Te estarás preguntando por qué te hablo así, de este modo tan directo e inusual. —Fermín Cerro no perdió su pose ni prestó atención a los patéticos esfuerzos de JG por librarse de la humedad de sus manos.

—Bueno, eh... he leído un libro suyo —mintió JG, que solo había leído pedazos sueltos.

—¿Eres escritor?

—Aficionado, nada más.

—Te incomoda este encuentro.

—Un... un poco.

—Tranquilo, no te voy a pedir que me la chupes ni nada de eso. Volvamos a la sala.

—Agnes es una mujer atrapada entre un marido alcohólico y la sombra de un pasado que la persigue... —estaba diciendo Maribel en ese momento.

—Esto es una basura —murmuró Cerro desde el umbral. Se quedaron en la penumbra un rato más hasta que el celebérrimo autor se hartó y salió directo a la calle. Una vez fuera, se volvió hacia JG y le preguntó si había leído la novela que se presentaba.

—Un cacho.

—¿Qué te ha parecido?

—No sé, tendría que leer un poco más para hacerme una idea.

—Un párrafo es más que suficiente. Es una basura, como todo lo que se escribe hoy día, como todo lo que se publica. Montañas de basura que ahogan nuestra inteligencia. —Las últimas palabras las dijo Cerro mirando al infinito con un halo de tristeza—. ¿Qué escribes tú?

—Cosas de fantasía, ciencia ficción... —confesó con algo de vergüenza. Sabía que Cerro despreciaba aquellos géneros. No recibió a pesar de ello ninguna burla.

—Te gustaría colaborar en un proyecto cultural.

—Pues... no sé, sí, claro, bueno...

—¿Cómo te llamas?

—José González.

—Hablaremos entonces.

Fermín Cerro echó a caminar y desapareció bajo la luz del atardecer ante la atónita mirada de unos puntos suspensivos.

III
Donde a José González se le revelan tremendos secretos

JG no regresó a la presentación. El encuentro con el genio literario lo trastornó de tal modo que estuvo errando como un zombi hasta el anochecer. Nadie se acordó de él.

Torremujas siguió su camino indiferente al grandioso destino que se le estaba abriendo a aquel hombre mediano. Fermín Cerro había dicho que ya hablarían, pero ¿cómo? Esta pregunta lo tuvo angustiado durante los días siguientes. Iba a todas partes con la convicción secreta de que su gurú lo esperaba oculto en algún rincón. Creía verlo en la panadería, en la frutería o en el supermercado. Sobre todo en las librerías, a las que entraba para hojear y no comprar nada, o en las bibliotecas, de las que era un abundante usuario movido por sus prejuicios ancestrales a favor de la materia vegetal.

Fermín Cerro lo abordó con otro cuerpo, el de un hombre extranjero y grande, con un cráneo enorme al que no le cabía el pelo rubio y una mirada pequeña hundida en el centro de la cara.

—Soy Władysław Sadowski y soy polaco —dijo con acento polaco después de preguntar si JG era JG—. El señor Cerro me ha dicho que encuentra un José González. Es difícil porque hay miles de José González, pero yo soy testarudo.

Estaban en mitad de la calle y Sadowski se quedó mirando a JG con cara de desconfianza. El asaltante comenzó a moverse extrañamente como si tuviese una molestia en alguna parte de su enorme cuerpo. Se retorció en busca de algo y JG temió que fuese un arma. ¿Y si Cerro había enviado un esbirro para asesinarle? Pero ¿por qué?, ¿por escribir ciencia ficción? Al final la molestia era un móvil vibrante. El polaco lo encontró en uno de los veinte bolsillos de su pantalón militar y se lanzó a decir cosas en su idioma como:

«Powiedz swojej babci, żeby założyła protezę, żeby mogła mówić». Cuando terminó su charla, volvió sobre su presa y se declaró:

—Yo soy poeta. ¿Has leído *Podwodna piosenka*?

—No.

—Lo he escrito yo.

—Ah, muy bien.

—¿Vienes? El señor Cerro nos está esperando.

—¿Para qué? —fue la tímida precaución de JG.

—Para cambiar el mundo.

No podía ser de otro modo, ¿para qué si no lo estaban reclutando precisamente a él? Quizás sus relatos, que había esparcido por los concursos literarios de los pueblos de España, habían llamado la atención de una secreta élite, un conciliábulo de maestros que, ocultos en su *Shambala* particular, habían visto en sus futuristas proyecciones algo capaz de cambiar la historia.

—Nos espera en el bar de Paco.

Allí, con un traje caqui y las manos sobre una mesa canónica, un tablero cuadrado sobre dos hierros negros, estaba Fermín Cerro, al que le permitían fumar en el interior por ser quien era y porque no había nadie más, aparte de un camarero chino.

—¿Qué quieres tomar, José?

—No sé, ¿un té verde?

Sadowski lo pidió con una sonrisa contenida y para sí mismo un coñac. Cerro bebía el aire de un vaso vacío.

—¿Cuál es el último libro que has leído, José?

—Me he leído unos cuentos de Borges.

—Mentira.

—¿Por?

—Habrás leído alguna basura de esas tuyas.

—Bueno, no...

—A mí me da igual, pareces buena persona. Es más, diría que lo eres.

—Gracias.

—¿Sabías que Władysław es poeta?

—Me lo ha dicho, ¿y qué tal...?

—No lo sé, no entiendo el polaco.

Sadowski estaba distraído desmenuzando una servilleta de papel. Un platillo con patatas fritas se posó sobre la mesa y el poeta aprovechó para saciar su hambre.

—Esas patatas son una mierda. —Todo para Fermín Cerro era una mierda. JG no se atrevió a probarlas y Sadowski acabó con ellas. Después vinieron unas aceitunas, que tuvieron el mismo destino, salvo los huesos, que quedaron como macabros restos sobre el plato.

—Y usted, ¿cuál es el último libro que ha leído? —La osada pregunta sorprendió incluso a su formulador, que no creía tener el coraje para algo así.

—Puedes tutearme, José. Ya no leo libros, leo fragmentos que se amontonan en mi escritorio.

—Yo acabo de terminar *Ogród zimowy*. Es de un escritor de Szczecin suicidado tirándose a vías de tren. Una historia muy alegre.

Una mano invisible retiró el plato de las aceitunas. ¿Qué podía ser lo siguiente? ¿Anchoas con pan y tomate, pistachos, golosinas, chorizo, queso rancio?

—Bien. Basta ya de historias, estamos aquí para destruir todas las historias. —Fermín Cerro bebió de su nada y se dispuso a anunciar el motivo de aquella reunión—. ¿Recuerdas lo que te dije en nuestro pasado encuentro, José? Montañas de libros, montañas de basura. En mi juventud, los libros eran un tesoro. Tengo miles de años. En el cincuenta y nueve publiqué *La fiesta de Odín*. Aquello era entrar en la gloria. Te daba derecho a la petulancia y a la soberbia. Pero ahora, cualquier gilipollas con un portátil se cree con derecho a subirse al tren de los suicidados.

—Al tren que mata suicidados.

—Eso es, Władysław, al tren que los mata. El tren ha descarrilado y nos está matando a todos. Para eso estamos aquí, para llevar de nuevo al tren a su vía. ¿Entiendes, José?

—Claro —respondió JG, que no entendía absolutamente nada.

—Bien. Tú eres experto en fantasía y ciencia ficción —Cerro pronunció estas palabras con un asco no disimulado—, justo lo que necesitamos. ¿Serías capaz de hacer un listado de todos los libros escritos en estos géneros en español y dejar solo aquellos que merezcan la pena? Quizás un uno por ciento, a tu juicio. Mi juicio los dejaría a cero, por supuesto, pero no sería justo.

—No los he leído todos.

—No importa, tenemos tiempo.

—Y ¿para qué? Si no es indiscreción.

—No es indiscreción.

—Para destruir.

—Así es, para destruir todos los títulos que tú rechaces.

—¿Destruirlos? ¿Cómo? —JG estaba comenzando a dudar de la seriedad de aquellos dos sujetos.

—Tú déjalo de nuestra cuenta. Tenemos amigos muy poderosos. Estamos planificando el mayor expurgo de la historia de la humanidad. Millones de libros en todas las lenguas serán destruidos, aniquilados y olvidados. Miles de colaboradores, como tú y como Władysław, seréis los agentes seleccionadores.

—Yo me ocupo de poesía costumbrista polaca.

—Y hay muchos más. Pronto conocerás a algunos. Los encargados de la novela realista húngara, del teatro clásico malayo, del relato fantástico finlandés, la novela erótica alemana...

Un platillo ovalado con una vinagreta con gambas y pimiento se posó sobre la mesa. Dos tenedores vinieron después. El poeta no lo dudó y se apoderó de uno de ellos. JG tenía hambre de pobre, pero no probó nada.

—Por supuesto, no podemos dejar semejante tarea pendiente de un solo criterio, así que cada apartado tendrá dos, tres o cuatro seleccionadores, cuyas listas cruzaremos para tener un resultado final. ¿Te gustaría conocer a tus homólogos?

—Claro.

—Bien, pues he de advertirte que eso no es posible. El trabajo ha de hacerse con total independencia. Si rompes esta regla, serás expulsado y ejecutado.

—Muerto, caput —subrayó Władysław con el gesto de cortar cuellos, luego se comió la última gamba.

—Esto es muy serio, José, muy serio.

JG no dijo nada. Ya no tenía hambre y las gafas se le habían empañado con un vaho salido de sus ojos. ¿Le acababan de amenazar de muerte?

—Puedes empezar con tu tarea. Nos veremos pronto.

Fermín y Władysław salieron del bar de Paco en silencio, el primero levitando con su bastón pegado al pecho, el segundo apartando y tirando sillas ante la aterrada mirada del camarero. JG se quedó a solas con este pobre hombre, dos almas de tierras lejanas en un típico bar español que no había sufrido ninguna reforma en cuarenta años. Cuando JG se levantó, los hierros de su silla chirriaron al rozarse con el desgastado terrazo. Se acercó a la barra consciente de su complicada misión. Nadie había pagado y llevaba siete euros. Le faltaban veinte céntimos, le dijo con cara de disgusto el camarero acodado tras una vitrina sucia de marcos dorados. El único perdón fue que le permitió ir a buscarlos a casa. Durante la ida y la vuelta, su cabeza estaba ya saturada de títulos que no sabía si había leído, y otros que debería leer si aceptaba el reto que le habían propuesto. Pero ¿era real o era una broma? Cuando posó la dorada moneda en la mano del camarero, pudo ver su piel curtida por un trabajo a la intemperie, callosidades hinchadas y agrietadas, garras negruzcas y gruesas capaces de abrir almejas y mejillones. La rozó ligeramente y sintió un escalofrío. Aquella también era la humanidad que debía salvarse. Quizás aquel hombre fuese el padre del filólogo que le había quitado el puesto, o de algún futuro filólogo para el que había que despejar un campo anegado de malas hierbas. Sí, él era capaz de seleccionar lo mejor de lo mejor. Con estas ínfulas de destino

manifiesto, y saldada su deuda, salió camino de la biblioteca del barrio, donde Google y Amazon retorcieron su médula y arrumbaron sus esperanzas.

IV
Donde se narran las tribulaciones existenciales de José González

Una somera búsqueda saturó su mente de títulos desconocidos: *La espada del silencio*, *La saga de los desesperados*, *Naves perdidas en Sirio*, *El planeta de los bárbaros*, *El rey de los medio humanos*, *La magoteca de Kuthlún*, *Crónica de los puentes estelares*, *Formander*, *El mar de los sueños*, *Los viajes de Orgoz*, *El retorno de Aratón*, *Los cuentos del desierto*, *La melodía de las galaxias*, *Los cien mil soldados fantasmales*, *Anfibiosis*, *Los visitantes ancestrales*, *La joya del alquimista*, *La trilogía de los Demonarcas*, *La cólera de Ulises*, etc. Cómo dedicar su vida a los cientos y cientos de títulos que aparecieron ante sus ojos. Imposible para un hombre solo, sin trabajo y con el sustento precario de escasos ahorros y unos meses de subsidio de desempleo. No tenía tiempo para tanta fantasía. Además ¿qué ganaba él con tanta lectura? Nada, sin duda un empacho que le haría aborrecer el género que había modelado su adolescencia.

Tomada ya la decisión de olvidarse de aquel absurdo, se entregó a la más prosaica tarea de navegar por las páginas de ofertas de empleo. Anotó un par de anuncios para estudiarlos más adelante y se fue a su casa. Abrió su nevera

y vio un huevo, debajo estaban los restos de una lechuga amarillenta y un bote con unos pocos garbanzos. Se sintió poeta y se acordó de Władysław Sadowski y su poesía costumbrista. Esa era su vida, un cajón de costumbres vacías y previsibles como el contenido de su nevera. Se fue a la calle y se puso a caminar rumbo a la costa, pero el mar estaba a quinientos kilómetros. ¿Qué hacer? Era el título de un libro, pero no recordaba el autor. Pensó y pensó hasta que lo recordó: ¡Lenin! Sí, pero sólo conocía el título. No había leído nada de Lenin ni de Marx ni sabía nada de comunismo, solo lo que había ojeado en alguna enciclopedia o visto en documentales. Realmente, qué había leído aparte de fantasías épicas y delirios futuristas; algún que otro clásico, pero poco más; casi nada de historia, casi nada de filosofía y solo un poco de divulgación científica con chistes para que los legos no se aburriesen. Comparado con Fermín Cerro o con Mariano Navarrete, incluso comparado con la mayoría de sus compañeros de Torremujas, era un inculto. Se sintió entonces menos que mediano, se sintió pequeño, diminuto, ínfimo. Las sombras de los setos, las papeleras y los bordillos se cernieron sobre su cuerpo bidimensional. Los camiones pasaban rugientes por la autovía a cuyo borde había llegado. Dio un paso atrás y saltó sobre una hilera de hormigas que marchaban implacables en su conquista del universo. No había en ellas duda ni desaliento, sino sacrificio y fortaleza, todo lo que a él le faltaba. ¿Cómo era eso del tren de los suicidados? Nunca había pensado en serio en el suicidio, tampoco lo hizo en aquel momento. Era demasiado plano y mediano como para caer en la depresión necesaria.

Su tristeza de entonces se deshizo con la misma vulgaridad que había llegado. Un huevo de gallina marrón, un bote de garbanzos, basura a la vera del camino, bolsas de patatas y una lata arrugada de Fanta limón. ¿Qué libro estaba leyendo entonces? Desde luego no a Borges, sino a Brian Morcovich y su *Canción de los arrepentidos*, una saga de aventuras acerca de un veterano de guerra en un mundo postapocalíptico en el que los hombres luchaban con espadas al estilo medieval; una historia supuestamente filosófica, así era vendida por la editorial, en la que las angustias existenciales del protagonista alternaban con su facilidad para repartir mamporros. Eso era lo que le gustaba, ¿por qué avergonzarse? Y sin embargo sentía un poco de vergüenza, ese era el veneno que Fermín Cerro le había inoculado con su desprecio. Su pírrico sistema inmunitario, fácilmente impresionable por las grandes personalidades, no había sido capaz de parar ese mal. Solo el tiempo lo haría. Decidió volver a su casa, donde tenía el ejemplar de la biblioteca, para sumergirse en la epopeya de Smit Sulger. Al menos no tenía la obligación de juzgar ese libro para su posible expurgo. De hecho, la mayoría de los libros que había leído eran traducciones del inglés. ¿Qué tal le hubiera ido a él si, en vez de llamarse José González, se hubiese llamado Michel Farris o John González, y hubiese nacido en Minnesota o en Nueva York? Sin duda mucho mejor, quizás hasta le hubiesen publicado. Mientras cavilaba acerca de este imperialismo cultural que tan bien tenía asimilado, alguien lo asaltó.

—¿Qué tal vas con expurgo, amigo? —Apenas habían pasado unas pocas horas y Sadowski ya estaba acosándolo.

—Todavía no he empezado, ¿por qué me persigues?

—Señor Cerro dice que te ve tristón.

—¿Cómo quieres que esté? Me han despedido, mi novia me ha dejado y queréis que me ponga a leer como un loco. ¿Tú sabes la cantidad de libros que hay de ciencia ficción y fantasía en español?

—No sé, ¿doscientos?

—¡Miles! Yo no tengo tiempo para eso, así que lo siento mucho, pero no acepto.

—No puedes rechazar, amigo, ya estás dentro.

—Dentro de ¿qué?

—De organización secreta, muy secreta, muy muy secreta.

—¡Yo soy un don nadie! —reconoció JG sulfurado— ¡Dejadme en paz! —El sulfuro terminó, para su sorpresa y agrado, en ira manifiesta. Ya no le asustaba aquel sujeto con cara de malas pulgas.

Salió corriendo como un adolescente despechado. Cuando abrió la puerta de su casa, su compañero de piso, Arturo, estaba sentado en el salón con los pies descalzos sobre el revistero. No hacía nada, solo miraba el techo. Entró sin saludar y no fue saludado, se encerró en su cuarto y se encontró con su vieja camiseta de *La Guerra de las Galaxias* tirada sobre la cama, se la puso sin pensarlo y se tumbó para imitar a su compañero. Dejó pasar el tiempo hasta que oyó el timbre. «Vienen a por mí», pensó. Al poco rato, Arturo golpeó su puerta y dijo desde el otro lado que tenía visita. Si no salía, entrarían ellos. En el salón, apretados en el destartalado sofá, estaban Sadowski y un hombre gordo y

calvo bastante feo. En medio de ambos había una mujer que parecía una loncha de mortadela entre dos panes gruesos. Era pequeña y delgada, y estaba casi por entero cubierta de un pelo negro y lacio que solo dejaba asomar los cuatro botones de su cara, dos como nariz y otros dos inertes y acuosos encima, el tajo finísimo de su boca deslabiada apenas se distinguía. Fermín Cerro estaba al lado, sentado en un sillón de mimbre.

—Tu amigo nos ha dejado entrar. Ha dicho que tenía que ir a no sé dónde. Mejor, nos ha ahorrado el trabajo de echarlo —dijo el escritor como presentación.

—Este es Manolo —añadió el poeta polaco señalando al otro pan del bocadillo. De la mujer no dijo nada—. Se ocupa de cuentos de terror, le gusta mucho el miedo.

El hombre tenía la mirada lánguida de un San Bernardo viejo. Movió la cabeza y su papada tembló como gelatina.

—Cuéntale tu historia a José, Manuel.

—Trabajé durante veintiocho años en la misma empresa —comenzó el hombre con voz átona—. Hacía el mismo trabajo todos los días, en el mismo sitio, cinco días a la semana, ocho horas al día y a veces más, pero no me pagaban las horas extras. Llegué a un punto en el que todo me daba igual. A veces pensaba: «¿Y si me la saco en mitad de la oficina?». Lo pensaba muchas veces, hasta que un día mi pensamiento se confundió con la realidad y me la saqué. Fue un puro automatismo sin intención, pero me la saqué.

—Que se sacó ¿el qué?

—La chorra, amigo, el pene, la pija, la polla, la picha, la tranca, la verga, el rabo, el cipote, ya sabes —el polaco se

recreó en la enumeración para demostrar su interés por el léxico español.

—Sí, me despidieron por ello, pero me dio igual. Todo me daba igual. Entonces conocí a Władysław y, a través de él, al señor Cerro. Me contaron su proyecto y me entusiasmó. —Manolo emuló el entusiasmo con el movimiento de un dedo. Fue lo único que cambió en su expresión—. Es lo que hace falta en el mundo: destrucción.

—No estamos solos, José.

—Yo sí estoy solo, no me podéis obligar a participar en algo que no me interesa.

—Tu interés es indiferente. El problema es que estás en un mal momento, lo entendemos. Puedo ayudarte, pero solo a cambio de tu consentimiento. —Cerro esperó, pero JG estaba paralizado por la perplejidad. El escritor le extendió una tarjeta—. Es la dirección de un editor que me debe un favor. Escríbele de mi parte y estará dispuesto a publicar lo que le propongas. Todo a cambio de que aceptes nuestra empresa.

—Si acepta publicarme, yo aceptaré ayudaros.

—Está bien, José, pero recuerda que esto es un pacto...

—Firmado con sangre —fue Manolo quien completó la frase.

Los dos panes del bocadillo se levantaron dispuestos a marcharse. La mujer siguió en su sitio. Cerro, observó a JG con una mirada inquietante. Finalmente lo acusó con tono muy serio:

—Estás muy gordo, José. Esa absurda camiseta te delata. ¿Cómo tienes el colesterol?

—No sé. —¿Era una broma?

Se quedó a solas con la mujer mortadela. ¿Quién era y qué hacía allí? La habían traído como si fuese un abrigo y se la habían dejado olvidada.

—¿Puedo ayudarte en algo?

La mujer sonrió ligeramente, pero no dijo nada.

—Tus amigos se han marchado y me gustaría descansar, si no te importa... —se sintió como si le hablase a una muñeca—. ¿Quién eres? ¿Eres una prostituta?

Arturo regresó de la calle y JG aprovechó la ocasión. Los dejó a solas y se encerró en su cuarto con una misión muy clara. Miró la tarjeta del editor y buscó su nombre en internet. Su editorial era bastante conocida, así que redactó el siguiente email de presentación:

> Estimado señor Villegas, mi nombre es José González Sánchez y le escribo de parte de Fermín Cerro, que me ha proporcionado su contacto.
> Me gustaría presentarle mi novela de ciencia ficción *El planeta del fuego sagrado*.
> Le adjunto una breve sinopsis que espero sea de su interés.
> Un saludo y gracias por su atención.

Pensó que la respuesta tardaría en llegar, pero lo hizo en pocos minutos y fue muy escueta:

«Hola José, tienes redes sociales, canales en youtube, followers. Mándame lo que sea».

JG tenía ciento veintisiete amigos en *Facebook* y un *Twitter* sin seguidores en el que había escrito tres cosas muchos meses atrás. Ante esta desoladora urdimbre social, recibió una sentencia que socavó los cimientos de su ilusión:

«Es muy poco, José. Necesitamos followers, un podcast, algo, lo que sea. Como detalle hacia don Fermín, estudiaremos tu caso, pero es complicado. Actualmente solo publicamos clásicos y autores anglosajones, o a gente famosa».

Era de esperar, así que JG no se arredró y, confiado en las cualidades literarias de su obra, mandó el manuscrito. Que lo leyesen y así, epatados ante su potente trama, claudicarían y dejarían atrás sus cadenas empresariales. ¡Qué la fantasía se abriese paso! Recibió una respuesta, pero una respuesta equivocada, porque el editor Villegas, saturado como estaba de trabajo y sin ningún interés por el asunto, se despistó y dejó la dirección de JG en el *para*.

«Qué tal Carmen! Tengo un marrón con Fermín Cerro y me está recomendando a un tío al que no conoce ni su puta madre. Me ha mandado una mierda de novela, no sé qué de un planeta de fuego. Si hay que poner pasta yo os ayudo, así saldamos la deuda con el cabrón de Cerro, no sé por qué se ha empeñado en que publiquemos esto, será que se la chupa o algo. ¿Vosotros publicáis cosas de ciencia ficción? Te lo mando».

Un beso!

«Cómo puedo ser tan idiota, cómo puedo ser tan idiota, cómo puedo ser tan idiota...». Aquello le abrió definitivamente los ojos. A la mierda la literatura, a la mierda la ciencia ficción, a la mierda los libros, las editoriales. A la mierda todo.

Salió de su cuarto y se encontró a Arturo junto a la mujer mortadela, ambos en la misma contemplación. Se sentó en el sillón de mimbre y se puso a llorar. La mujer se levantó de repente y lo abrazó tiernamente. Una cortina de pelo los

envolvió y se dejaron llevar por la calidez de sus cuerpos en contacto. JG nunca había conocido una sensualidad como aquella. Era sincera, dulce, intensa, todo lo contrario a la animalidad remilgada de Toñi. Entonces oyó su voz:

—Nada tiene importancia. —Arrastraba las palabras como el agua entre los cantos rodados; su acento no era de ningún sitio, quizás de las estrellas, de otro planeta o de otra galaxia. JG la miró y sintió deseos de besarla. La máscara de la mujer se había convertido en una aureola vibrante y profunda. Sus ojos, vistos de cerca, eran de una vivacidad extraordinaria. Cuando se alejó, el velo de la inexpresividad regresó a ella. No era hermosa, pero tampoco fea. Su rostro era una cáscara plana sin atributos. La vio alejarse como un hilo de humo negro que se evapora reptando por un agujero.

—¿Quién es?

—Me ha dicho que es poetisa.

—¿Has hablado con ella?

Arturo se quedó pensativo y se encogió de hombros.

V

Donde José González recibe un don inesperado

El editor Villegas debió de darse cuenta de su error, aunque no escribió nada para disculparse, tampoco su amiga Carmen. Visto el destrozo, tuvo que ser Fermín Cerro, solo y en persona, quien se ocupase de restañar las penas de

JG. El escritor llamó al timbre en el momento oportuno y se quedó parado en el umbral con un traje beige y una pequeña cartera colgando del puño de su bastón.

—¿Qué quieres? —JG se sentía fuerte, ya no tenía nada que perder, nada que ganar, nada que hacer. Su medianía tenía algunos límites. No era una vaca que se entregase a pastar después de los palos. Tenía un orgullo de diccionario y una dignidad de telenovela.

—¿Puedo pasar?

JG aceptó después de unos segundos. No ganaba nada echando a aquel sujeto. Además, era el mismísimo Fermín Cerro. Los límites de su medianía también tenían límites.

—¿Puedo sentarme?

También aceptó.

—¿Puedo hablarte con franqueza?

Por supuesto.

—Eres un pobre hombre.

Aquello era el colmo.

—No lo digo con mala intención ni para insultarte. En realidad, eres una víctima.

—Eso seguro.

—¿Qué te ha sucedido con Villegas?

JG hizo un relato somero y Cerro algo muy infrecuente en él: sonreír.

—Villegas es un capullo, como muchos de los de su oficio. Solo les interesa el dinero. Tú, sin embargo, eres un buen tipo. ¿Comprendes ahora la necesidad de mi empeño?

JG no solo lo comprendía, sino que calladamente había llegado a la conclusión de la necesidad de aniquilar todos

los libros, sin dejar ni uno. Lo dijo sin más y Cerro, como quien reprende a un niño, le corrigió.

—Todos no, José, dejaremos muchos. Aquellos que merezcan la pena.

—Nada merece la pena.

—No confundas la tristeza de tu vida con la del mundo.

—¿Qué quieres? No voy a ponerme a leer nada, no me apetece.

—Ahora lo desprecias todo. Consideras que los libros son solo ocurrencias para entretener, para pasar el rato, para evadirte. Su único valor es que te salvan del aburrimiento, pero ellos, al final, también aburren. —El escritor hizo una pausa dramática porque lo importante venía a continuación—. Estás equivocado. Tienes razón en parte si consideramos la mayoría de los libros que tú lees, o esa mierda policiaca que publica gente como Villegas. Pero hay obras que no tienen nada que ver con eso, son monumentos a la sensibilidad, a la inteligencia. Se sostienen por sí mismos y sobreviven a la estulticia del mundo. Carecen de valor, el valor para ellas no tiene sentido. Nos recuerdan que otro mundo es posible, pero no un mundo de fantasía, no una evasión, sino este mundo. Son la realidad, están aquí. ¿Lo entiendes?

—No —se sinceró JG.

—Es difícil entenderlo porque es difícil expresarlo. Yo lo estoy intentando y, aunque se me dan bien las palabras, no lo consigo. Recuerdo ahora el aforismo de un poeta desconocido: «El sabio no es una perla en un estercolero, sino un excremento en una joyería». ¿Cómo lo interpretas?

—¿La sabiduría no brilla?

—¡Muy bien! Excelente. Creo que lo entiendes, pero no eres capaz de vivirlo. Por eso eres una víctima, el mundo de las camisetas absurdas te ha destruido. ¿Qué piensas de mí?

—Me resultas inquietante. Si no fuera por eso, diría que eres un pedante insoportable.

—Y un gilipollas.

—Bueno, eso no.

—Da igual. Villegas lo piensa, y muchos otros. Me odian porque los conozco, sé quiénes son, sé cómo piensan, pero ellos solo conocen de mí la superficie. Toda esa pobre gente que me aborda para pedirme autógrafos son como ellos, pero víctimas también. ¿Sabes por qué me resultan insoportables?

JG esperó. Estaba fascinado por la verborrea desplegada ante él. El hombre huraño y temido por todos estaba abriéndole su corazón.

—He entregado mi vida a las letras, lo he apostado todo, hubiera muerto de hambre antes que renunciar a ello para conformarme con cualquier trabajo. Sí, los premios te hinchan, sobre todo al principio, pero todo se agota. Son fastos ridículos, vacíos, intereses, vanidades. Al final ¿qué obtienes? ¿Un imbécil que viene a que le firmes un autógrafo? Si de verdad mi obra tiene valor para ti, cállate, no te acerques, aléjate. Yo no existo.

—Eso es fácil decirlo para ti, habrás vendido millones de libros, tienes la vida resuelta.

—Cierto. En su día tuve que hacer promociones. Al principio lo aguantaba, pero ahora ya no lo soporto. No hago más promociones. De hecho, no tengo interés en publicar

más, pero mis escritos deben darse al público, es la única concesión.

—Yo tengo que encontrar un trabajo. Desgraciadamente no puedo vivir de la literatura. Tampoco lo he pretendido, tan solo quería que alguien leyese mis historias.

—Nadie lee nada, José, no merece la pena. Si te conformas con migajas, está bien. Si quieres engordar nuestra lista de expurgo, eres libre de hacerlo. Lo mejor es no tener ambiciones. El mundo está podrido de ambiciones.

Tras aquellas palabras, Fermín Cerro sacó un legajo de su cartera y lo dejó sobre el revistero, encima del diario *Marca* y la revista *Saber Vivir*. JG supo inmediatamente lo que era, y el escritor se lo confirmó:

—Es mi última obra. Está sin terminar, pero quizás su falta de final sea su final. Cuando lo leas lo comprenderás. Te invito a que lo hagas, nadie lo ha hecho hasta ahora. Tú serás el primero.

JG se quedó sin palabras, abrumado por aquel regalo, era algo inimaginable para él y necesitó sincerarse.

—Yo nunca he leído nada tuyo, solo cosas sueltas.

—No importa. Solo te pido un esfuerzo. Mientras lo lees, quedas dispensado de nuestra oferta. En el futuro, si lo crees conveniente podrás retomarla.

Eso era todo, solo tenía que leer aquel manuscrito inédito y era libre. No tenía interés en leer nada, pero aquello sí. Lo cogió y acarició la primera página. Lo abrió y se encontró con una apretada sopa de letras construida con máquina de escribir mecánica. Todo era un párrafo. No había diálogos ni otros descansos. Tampoco había título.

—Es la historia de un escritor. Al final comienza a escribir algo, te pido que seas tú, una voz diferente, quien lo complete con una historia tuya.

—¿Yo?

—Sí, no te preocupes por el estilo, yo puedo corregirlo más adelante. Si se publica, saldrá con tu nombre bajo el mío. Nadie lo despreciará entonces.

Fermín Cerro se levantó en silencio, su última mano era una escalera de color. JG estaba vencido, haría cualquier cosa que le pidiese, ¿incluso chupársela? El escritor cogió su bastón y se volvió hacia la puerta. En el último instante, JG lanzó una pregunta:

—¿Quién era la mujer del otro día?

—¿Qué mujer?

—La que estuvo aquí con vosotros, en el centro de este sofá.

—¿Hubo una mujer? —Cerro entornó los ojos pensativo—. ¡Ah sí! Azucena.

—¿Quién es?

—No lo sé. Una poetisa. Si quieres encontrarla, ve a recitales de poesía, si puedes soportarlo. Adiós.

VI
Primera parte del manuscrito de Fermín Cerro

He dejado pasar los días hasta que los días han dejado de pasar. Los viejos calendarios, acumulados durante años por el antiguo propietario, me han servido para prender el fuego las primeras semanas. Agotado su tiempo, me sirvo de las ramas que voy recogiendo antes de que las nieves expulsen a los últimos visitantes. Mi casa tiene una fachada de piedra gris y una sola planta. Las rejas de las ventanas son poderosos arados de hierro. La puerta de la cochera es un mosaico de tablones torcidos y descoloridos. No he cambiado nada del interior, únicamente he sacado la suciedad y el óxido, y reparado algunos muebles que amenazaban con derrumbarse. Mi único añadido son los libros que he ido colocando allí donde antes había tarros, cerámicas y otros enseres. La entrada está a la espalda, en la esquina del cobertizo, sobre un escalón que la salva del barro. Lo que veo cuando salgo es un linde de piedra seca que se desmorona en el horizonte y los campos marrones en el otoño que suben por una pendiente. Al otro lado de su cima sé que no hay nada. He subido muchas veces hasta allí como quien va a mirar por el borde del mundo. Lo que aparece es un espejismo, una carretera que serpentea entre las tierras hasta desaguar muy lejos. Llegué por ella para no volver.

Aquí se aprende que no hay silencio, y que bajo el manto del estruendo y la queja están los sutiles murmullos del

viento y del agua, de todo lo que continúa su querencia indiferente a las conquistas humanas. La piedra labrada no tiene conciencia del útil que la ha golpeado, su eternidad mana impasible sobre las generaciones. Las hierbas que crecen en los intersticios del muro tejen un ecosistema de formas diminutas e irrepetibles. En sus madrigueras se alimentan las larvas que a millares poblarán nuestro abandono. Desconozco los nombres de casi todo, pero ya no siento la ansiedad antigua. Me basta la mirada. En eso soy, definitivamente, un extranjero. Pocos quedan que puedan enseñarme, los viejos tienen recuerdos de arena. Los jóvenes son aquí, en su escasez, como los de cualquier otro lugar. Me han hablado de recreadores en pueblos cercanos, pero no me interesan las mascaradas del folclore. El mundo que está muriendo debe ir en paz. Su verdad es eso.

No he podido esquivar la demanda de una explicación. ¿Qué haces aquí, hombre de otro mundo? Me lo dicen más con el gesto que con la palabra. Yo les recito una vida rutinaria y esquivo mis logros. Esta biografía inventada pueden diluirla fácilmente en la suya propia. Todos tienen hijos que se han marchado, nietos que ya no son de aquí, que vienen solo cuando el sol gobierna y traen la absurda complejidad de sus afueras. El mundo está a sus pies, pero morirían de hambre si se les arrancara el corazón mecánico que llevan instalado en el pecho. Me liberan poco a poco con sus despedidas interminables y yo los veo alejarse en sus palabras altas y rotundas, aún firmes a pesar del cansancio. Los temas de sus conversaciones los veo en la taberna, el último local abierto al público. La televisión está siempre encendida y en

un extremo de la barra se acumulan los periódicos deportivos. Solo he pasado por allí fugazmente en busca de caminos. Hay uno ancho y arcilloso que se abre a la izquierda y baja al río. Este es un tajo estrecho y profundo que oculta su sangre en verano bajo los matorrales y el limo, y en invierno se desborda. En su orilla crecen fresnos y álamos, y otros árboles más esquivos que recogen el agua con largas raíces. Este estrecho bosque tiene en uno de sus lados un camino que aparece y desaparece, y a veces salta a la otra orilla. Es posible recorrer varios kilómetros si uno no teme a las zarzas. Hay zonas tan tupidas que devoran el cuerpo. Flores imposibles lo cierran y lo cubren con la gasa que se desprende de sus pétalos. La primera vez que me sumergí en ellas, de vuelta a casa encontré ocultas en mi piel las oscuras garras de los parásitos. En vez de arrancármelos histérico como hubiera hecho en otra época, me paré a observarlos. Habían estado esperándome durante siglos ocultos en lo inhóspito. ¿Quién era yo para negarles mi sangre? Sin embargo, esa sangre, purificada en los santuarios de la ciudad, quizás no soportase aquella simbiosis. Los desprendí con calma y me restregué las marcas con barro húmedo. No sé cuál pueda ser la eficacia de este remedio, pero es lo primero que el animal tiene a su alcance.

Vuelvo al río cada pocos días y nunca se agotan sus senderos. Al amanecer bajo sin abrigo y abro el pecho a las gélidas nubes que ocultan el sol. Me bastan unos pocos rayos oblicuos para calentarme. Busco entonces un claro libre de hierbas y saco pacientemente las motas de suciedad. Cuando el agua amansada me deja ver su fondo de perlas

grises, me pongo a contraluz y miro mi reflejo. No tengo más espejo que este, en él veo mi rostro vibrante y difuso tiznarse con la espesura de mi barba. Lo contemplo durante unos segundos y lleno mis manos. Mi cuerpo entero se convierte en una cuenca fluvial que nace en la frente y desagua bajo tierra. Cuando estoy saciado, regreso lentamente por caminos secundarios apenas visibles entre los campos de cultivo. Las tierras parecen abandonadas, pero solo están a la espera de un nuevo saqueo. Si se las dejase en paz, en seguida romperían sus lindes y rebosarían de alimentos salvajes, venenos para nosotros, frutos que han de recorrer nuestras edades para nutrirnos. En este laberinto sin muros gobierna el horizonte. Jamás se alcanza el otro lado. Las suaves lomas se replican incesantes e irrepetibles. Bastan unos pocos pasos para alcanzar una soledad aún más profunda. Conocida la hora del abandono, la edad del descanso, la luz se aplaca y se posa en el aire sin un foco. Tan solo resplandece un círculo amarillento muy lejano alrededor de la mirada. Arriba el azul se vuelve violeta y vibra con la textura de los millones de estrellas invisibles que, sin embargo, se adivinan. Aquí no hay lugar dónde esconderse, tampoco motivos para ello. La presencia queda expuesta con la indiferencia de la totalidad. El paisaje es el sueño de la confianza, el antinatural sosiego de la desnudez que a nadie puede ya alimentar. Muertos los predadores, ya solo queda el silencio. En este abandono, me dejo caer y atravieso los campos. Vuelvo siempre a una ribera nueva, como si yo mismo fuera el agua que sigilosamente se filtra entre los granos de arena y ensancha las cuencas. Así descubrí una región a la que

no llegan los caminos. El trigo terminaba al borde de un pequeño barranco. Sus muros estaban ocultos entre las matas espinosas y los desprendimientos de rocas pardas que dormían carcomidas por la celeridad de la vida. Tras estos brotes de nuevas montañas había pequeñas cuevas, oquedades de suelo arenoso que, con toda seguridad, habían servido en tiempos pasados como refugios para los pastores. Ya ninguno pasaba por allí. Los únicos restos de habitación eran algunos muros ennegrecidos por viejas fogatas. Ninguna de estas grutas se adentraba más allá de unos pocos metros. Tan solo hallé un agujero que se hundía en uno de los fondos. Entré reptando hasta que los muros se estrecharon sobre mis espaldas. Ante mí estaba la negrura absoluta. Tan solo el tacto me sostenía de la locura de aquella nada. Me imaginé recorriéndola hasta acabar atorado sin posibilidad de regreso. El cuerpo allí se desprendería incluso del tacto y acabaría como un puro vacío. Eso es el alma, una potencia inútil sin el mundo pletórico del calor estelar. Sin nada que percibir, la conciencia se retrae al recuerdo hasta cesar como un manantial apresado por una sequía eterna. La angustia me hizo desistir. Aún me quedaba la dureza de la roca viva. Salí a la luz como si hubiese estado años hundido en lo más profundo. Bajé tambaleándome hasta un ramal de agua oculto bajo una tupida hierba. Crucé de un salto y me adentré en una alameda que había olvidado el artificio de su origen. Me senté sobre un tronco caído y escuché los ecos de aquel templo. Ningún viento enturbiaba las voces de los diminutos cantores que se ocultaban en lo alto. Seguí las indicaciones de uno de ellos hasta un claro que se abrió

inesperado. Unas plantas de tallo grueso y áspero cortaban el paso. Avancé entre ellas hasta que las tuve a la altura del pecho. A mí alrededor, un muro de árboles cegaba el paisaje. Este bastión retenía la luz del sol y refulgía como si fuese de oro. Los rayos perfectos que lograban cruzar caían a mi alrededor y me mostraban en su interior la danza lenta de su polvo de estrellas. En su raíz, una columna de luz vibraba. Creí reconocer una silueta insinuante y recordé tantas viejas historias. Los seres elementales están hechos de esta luz, habitan los lugares más inaccesibles y se muestran en la transparencia sutil de un atardecer oportuno. Pero si uno trata de acercarse, se desvanecen. Justa sentencia para nuestras ambiciones.

Y sin embargo lo vi. Cuando deshice el camino, ya fuera del abrigo de los árboles, un pequeño corzo me miraba a unos veinte metros. No le asustó mi presencia, como hubiera sido lo esperado, y me permitió recorrer muy despacio la mitad de la distancia que nos separaba. Solo entonces echó a correr. Cuando subía por el camino, lo volvía a ver a lo lejos. Seguí su dirección hasta que el sol se posó sobre las nubes que cubrían el horizonte. Los campos dorados perdieron su brillo y unas ruinas asomaron al final de la cuesta abajo. A la entrada estaban los muros de una casa. Las zarzas guardaban las piedras en desorden a la espera de un nuevo morador. Las vigas se enroscaban entre la vegetación como si quisieran regresar a su origen. La segunda casa aún conservaba una puerta entre tablones carcomidos. Me asomé y vi las grietas del techo alumbrar el interior. El suelo era un pestilente agujero oscuro que no me atreví a pisar.

Separada de ambas, al pie de un tramo asfaltado que huía del abandono, había una pequeña ermita. En sus muros se mezclaban las piedras viejas con otras nuevas que habían servido para la reconstrucción. Las jambas de su pequeño pórtico insinuaban los restos gastados de las figuras que en la antigüedad enseñaban los mitos cristianos. La puerta estaba entreabierta y me atreví a empujarla. A la derecha, una pila bautismal labrada por el uso milenario guardaba el silencio sagrado. En el interior había dos filas de unos pocos bancos de madera y, al fondo, un retablo de matices cobrizos y decoración austera. Ningún otro elemento era necesario para echar en cara al visitante la necesidad de una fe. Me senté en mitad de aquella paz inesperada y contemplé las tenues formas del sencillo artesonado con una certeza: el templo había estado siempre allí, antes incluso de las piedras viejas. Y allí seguirá cuando todo caiga.

VII
Donde José González sale en busca de poesía

JG no hubiera sido capaz de soportar más de tres páginas de aquella historia de soledad de no haber llegado a sus manos de manera tan extraordinaria. Él necesitaba una trama, un misterio, un asesino, un romance, intrépidos personajes y diálogos cortantes e ingeniosos; un guion de película, básicamente. Reconocía, eso sí, la sobriedad del estilo,

su finura y su oficio, algo que envidiaba y que sabía que no podría alcanzar jamás. Los retazos de poesía apenas era capaz de olerlos, su único interés por la lírica era que a través de ella quizás pudiese encontrar a Azucena. El recuerdo de la extraña mujer había crecido hasta convertir su imagen en el icono de una diosa lejana. Había sentido su cercanía eléctrica y descubierto los secretos del otro lado de su máscara. Se creía ya un enamorado, pero con un amor confuso que no entendía muy bien; algo que no había sentido nunca, ni siquiera por Toñi, que ahora se le aparecía como la vulgaridad personificada. Azucena, en cambio, era dulce, suave, silenciosa y ligera. Era sin duda una poetisa de una profundidad inusitada, pensó JG, que estrenaba así su arquetipo de lo que debía ser una poetisa. Buscó en internet recitales de poesía en la ciudad y encontró dos eventos para los próximos días. El primero de ellos se celebraba en un centro sociocultural parecido al de la presentación de Maribel. El otro, en una asociación de nombre extraño: «Círculo de polillas flameantes». Como no quería perder ninguna oportunidad, e ignorante de lo que iba a encontrarse, decidió ir a los dos sitios.

Pronto quedó claro que no iba a encontrar a su enamorada en el centro sociocultural. Allí, entre flores de plástico y alfombras moradas, algunos vecinos habían organizado un homenaje a Doña Fulgencia, poetisa aficionada recientemente fallecida. En la presentación alguien habló de «poesía costumbrista», JG se acordó de Sadowski y ese recuerdo lo llevó al de Azucena. La buscó por todo el local, pero allí no estaba; es más, ni siquiera podía estar. ¿Cómo cuadrar su

presencia perfumada y etérea en mitad de aquellas recitaciones que, hasta para él mismo, eran horripilantes?

En mi pueblo había una fontana
donde se sentaban los mozuelos
para ver pasar las zagalas
y tirarles del pañuelo

El segundo recital, sin embargo, era muy distinto. Allí no había alfombras ni flores, ni exposiciones de papiroflexia. Por faltar, faltaba hasta la urbanidad. A las afueras de un barrio de las afueras, desde donde se acababa la acera, partía un camino de tierra. A doscientos metros, en un descampado entre matorrales y escombros, se alzaba el esqueleto de una ruina, un edificio nunca terminado con unos pocos muros en su parte baja embadurnados de grafitis. Allí tenía su sede el Círculo de polillas flameantes. El edificio entero destellaba con resplandores rojizos como si una bombilla gigante estuviese dando vueltas en su interior. JG entró y nadie le impidió el paso. La gente que por allí andaba cubría una amplia gama desde lo normal, considerándose él como lo normal, hasta la pulsión de muchos sujetos de amalgamarse el cuerpo con una etnia inventada por ellos mismos. La decoración mezclaba las últimas tendencias urbanas con lo rústico y lo verbenero. Las barras eran tablones sobre cajas de cerveza, detrás tenían colgadas bicicletas sin ruedas con juncos secos saliendo de los tubos y estampas de Cristos boca abajo. Más allá, unas lonchas de plástico separaban un ambiente farandulero, donde los más chamánicos danzaban al ritmo de un sintetizador cósmico, de otro más íntimo y literario, donde tendría lugar el recital. El expresionismo

decoraba las paredes, cosido, rayado, pintado, como un arte rupestre sin animales, o con animales irreconocibles entre los gruesos trazos de un artista atormentado. JG observó a las pocas personas que por allí andaban y seleccionó a uno que le pareció lo suficientemente normal; es decir, parecido a sí mismo. Se acercó y le preguntó si era allí lo del recital.

—¿Qué recital?

—Uno que me dijeron que había.

—No sé. Oye, muy chulo tu reloj, ¿cuenta los pasos?

—Sí bueno, es un poco viejo.

—A ver si me pillo uno.

Cuando quiso darse cuenta, estaba atrapado por la pegajosa tela de una rutinaria conversación sobre relojes cuentapasos. Se zafó como pudo y continuó su búsqueda. Le preguntó a un camarero con la esperanza de que su función de operario le tuviese al tanto de los eventos, pero la música estaba muy alta y no logró hacerse entender. ¿Que si quería una cerveza? ¡No, un recital de poesía! ¿Un tequila con piña? Entonces vio a Sadowski bailoteando en un rincón a la espera de algo. No lo pensó y se lanzó a por él. El polaco no le reconoció al principio, parecía que alguna consumición en mal estado, o en demasiado buen estado, nublaba su percepción.

—¡Ah sí! Ciencia ficción. ¿Qué tal amigo? —reconoció tras unos pases de mirada dislocada.

—Muy bien, estaba buscando...

—Espera momento.

JG comprendió entonces el sentido del bailoteo. Sadowski se metió en el baño recién desocupado y se quedó a

vivir allí. JG lo esperó un buen rato hasta que tuvo a cuatro sujetos con mala cara detrás de él. Se fue y sus seguidores se metieron todos juntos en el cuartucho. Para mear bastaba cualquier muro de los alrededores, allí dentro no sabía lo que había ni quería saberlo. Regresó al tranquilo cubil literario y le preguntó a una mujer de cabellera de esparto canoso que parecía vestida con lo recogido al azar de un contenedor de ropa usada. Sí, allí era el recital. Sadowski apareció y agarró amistosamente a JG. Su jerga bilingüe no dejó resquicio para nada más.

—Azucena —logró decir.

—¿Qué Azucena?

—La mujer que vino con vosotros cuando estuvisteis en mi casa.

El esfuerzo del recuerdo constriñó el rostro de Sadowski.

—Ya, había una mujer. ¿Azucena? Lo mismo está por ahí.

La recitación iba a comenzar. La mujer de pelo de esparto pidió silencio y, después de un circunloquio sin sentido, presentó a Aneta Biursch, de Valladolid. Salió al escenario, una tarima de pocos centímetros en el fondo, una treintañera pálida vestida de negro, disfrazada de un personaje de dibujos animados que todos conocían pero nadie sabía nombrar.

Mi cuerpo es la antesala del cielo
y del infierno

Dijo de memoria. Y luego que su cuerpo era esto y lo otro, y hasta que era una cosa que no era ella, sino un pantalón o una banqueta. El público se posó silenciosamente hasta que dejaron de verse espacios abiertos. Después de Aneta

vino Ramiro López-Canetti, que era de Lugo y recitaba con un acento gallego que resaltaba sus ironías. JG, ocupado en su búsqueda, no se fijó en él. Sobre el silencio espeso de las respiraciones se oían las quejas del poeta: «Los cuernos son el cerebro de las cabras, los cabrones tienen por tanto más cerebro...». Alguno se rio, porque era un feminista avanzado y había captado una profundidad muy graciosa en aquella denuncia de los cabrones machistas. Otros no osaron a tanto. Entre ellos Azucena, que escuchaba con ojos cerrados como una niña de Fátima escuchando a la Virgen. JG se puso a su lado, un poco por detrás, intimidado por la presencia insignificante de la mujer, por la delgadez de todo en ella, de los cabellos, de los huesos, de la nariz, de los dedos. Era un palo asexuado sin formas femeninas. ¿Realmente había ido a buscar aquello? No es que precisase un exceso de voluptuosidad, pero al menos un mínimo. Cuando Ramiro acabó, Azucena abrió los ojos. JG se lanzó entonces como quien se lanza a un mar helado.

—Hola, ¿te acuerdas de mí? —Nunca había sido muy atrevido con las mujeres en los lugares festivos, pero aquella situación era muy distinta a todo. Lo anterior era una sombra patética en comparación con la lucidez de aquel sueño. Ya no tenía nada que perder. Sus complejos eran ridículos, ¿por qué preocuparse por ellos? Estaba sentenciado, era un escritor de mierda, todo le importaba un pimiento. Azucena lo miró con su almendrada faz cadavérica y sonrió ligeramente. Aquel comedimiento expresivo, lejos de parecer escaso, era milimétrico y por tanto infinito.

—¡Azucena Panadero! —llamó la del pelo de esparto.

La poetisa ascendió majestuosa y todos retrocedieron. Tenía un poder oculto en algún rincón de su médula espinal. Su voz, dulce como una miel de romero untada sobre un pan de masa madre, retumbó sin micrófonos ni ecualizaciones. Ella estaba ecualizada con el universo:

—¡IDEMPOTENCIA!

Nada más y nada menos. Las respiraciones cesaron expectantes.

—idemPOTENCIA. IDEMpotencia.

Y luego más idempotencia. Fue lo único que dijo, muy lentamente y durante mucho rato. Y cada vez con una cadencia distinta, como si recitase en chino, por lo que una idempotencia podía interpretarse como una cosa tremenda, como la Tercera Guerra Mundial, y otra como una caricia o el vuelo de un coleóptero.

Después vinieron otros poetas, pero eran vulgares. Las minucias de la vida, me pica aquí o me duele allá, mi padre era médico y veía morir gente, mi vecina está loca o el trabajo es una mierda. Nada como la idempotencia de Azucena Panadero, la misteriosa poetisa que a todos conmocionaba en un presente eterno y a la que inmediatamente olvidaban. JG era el único que sabía quién era. Ella volvió a su rincón y él le habló de nuevo.

—Muy impactante lo de la idempotencia —dijo torpemente—, muy... potente.

Ella le sonrió como siempre y se disolvió entre los resplandores discotequeros como el humo de una pipa. ¿Dónde se había metido? Sadowski lo agarró del hombro.

—¿Qué tal expurgo, amigo?

—No sé, estaba hablando con Azucena —se quejó JG claramente molesto.

—Ah, esa. Muy fea tu amiga.

—¡Qué tendrá que ver que sea fea o guapa o lo que sea!

—Bueno hombre...

—Eres un salvaje. —JG estaba orgullosamente fuera de sí.

—Mira, ¿sabes quién es esa? —Sadowski señaló a una mujer con peluca y grandes pechos operados. JG la reconoció al instante—. Es Wanda Vega, la actriz porno, ¿quieres que te la presente? Esa sí es mujer guapa.

—¡No! —gritó JG contra la voluntad atávica de conocer a una mujer cuyo cuerpo había explorado en la distancia y la soledad de su madriguera. Un espíritu nuevo lo animaba. Si Azucena era muy poca mujer, él debía ser muy poco hombre. Alcanzaba así una superación de las frustrantes sensualidades carnívoras.

—Muy bueno lo de la impotencia de tu amiga —quiso apaciguar Sadowski.

—¡Idempotencia!

—Lo que sea. ¿Entonces no quieres conocer a nadie? Yo estoy buscando gente para reclutar para expurgo. Mira esos dos ya los tengo casi en el bote.

—No me interesa.

—Pero son poetas, creo que amigos de Azucena.

JG cambió inmediatamente de idea y vio venir con expectación a una pareja. Ella, una radiante morena de inmensa melena salpicada de flores. Él, un perrito faldero disfrazado de empresario ibicenco que fingía autonomía y desparpajo.

Sadowski, entre risas, besos y abrazos, los presentó como Maca y Arnau. Él no pintaba nada y ella era toda una experta en novela erótica, especialidad a la que estaba destinada, tan solo había que convencerla de que se trataba de destruir, lo cual parecía complicado visto su entusiasmo creativo.

—Yo es que soy muy creativa —fue lo segundo que dijo con dulce acento de urbanización de multimillonarios. Y luego añadió que le encantaba esto y lo otro y lo de más allá. Las luces, los cuadros, la música, la bebida, las camisetas, las pulseras. Todo le encantaba, hasta las gafas vulgares de JG.

—Es que ella tiene un don —completó Arnau—. És molt especial.

—¿Vosotros conocéis a Azucena Panadero? —JG no pudo resistirse más.

—¡Claro! Me encanta Azucena, es tan especial. ¿Te gustaría conocerla?

—Sí.

—Creo que se ha marchado, tenía algo que hacer —sentenció Arnau y JG comenzó a odiarlo. El enemigo le respondió con una sonrisa fosforescente y perfecta. Bajo las luces láser, el bronceado se le abismó para servir de escenario a sus fulgurantes tatuajes, pestañas y collares.

—Tenemos la inaugura de una expo el finde que viene, si quieres puedes venir, Josep, ¿te importa que te llame Josep? o Pep, jajaja. —Maca se desparramó en la carcajada que ella misma se había provocado. Una nube de polvo nacida de su melena los envolvió y JG aceptó la invitación justo antes de que todo se desvaneciera.

No había tomado nada, pero su cuerpo burbujeaba. Perdió el hilo de sus recuerdos y reapareció en los alrededores del edificio ruinoso. La música golpeaba en la lejanía. En la cercanía, un perro le ladró. Buscó el camino, un arañazo de tierra entre rastrojos. La ciudad lo envolvía todo con el humus de su campo gravitatorio. La noche hueca del asfalto, las farolas y las hileras de faros le entristeció con una tristeza que no conocía. No lo supo entonces, pero la melancolía de los poetas se le había metido en el cuerpo. Con estas nuevas aptitudes, por el momento pasajeras, echó de menos la soledad fría y sensual que envolvía al personaje de Fermín Cerro. No tenía nada que hacer, nada que pudiese llenar sus horas hasta su reencuentro con Azucena. No había otras fantasías más allá de la textura mojada del tronco de un árbol retorcido en un pueblo a la deriva, más allá de todas las galaxias.

Si quieres continuar esta historia entra en
https://raulsanz.es/escritor

Índice de capítulos

I. Donde se dice quién es José González 7

II. Donde se inician las aventuras de José González 8

III. Donde a José González se le revelan tremendos secretos 18

IV. Donde se narran las tribulaciones existenciales de José González 25

V. Donde José González recibe un don inesperado 33

VI. Primera parte del manuscrito de Fermín Cerro..... 39

VII. Donde José González sale en busca de poesía 45

VIII. Segunda parte del manuscrito de Fermín Cerro 54

IX. Donde José González se codea con la *crème de la crème* 60

X. Tercera parte del manuscrito de Fermín Cerro..... 68

XI. Donde José González recibe la inesperada visita de alguien esperado 74

XII. Cuarta parte del manuscrito de Fermín Cerro..... 81

XIII. Donde José González inicia su nuevo trabajo..... 87

XIV. Quinta parte del manuscrito de Fermín Cerro..... 94

XV. Donde un perro encuentra a José González..... 101

XVI. Sexta parte del manuscrito de Fermín Cerro..... 108

XVII. Donde a José González le descubren la trama de la trama 114

XVIII. Séptima y última parte del manuscrito de Fermín Cerro..... 121

XIX. Donde una triste figura le habla a José González de otra triste figura 125

XX. Donde José González estira sus músculos 132

XXI. Donde José González es acusado de terribles delitos 139

XXII. Donde José González salta por una ventana 145

XXIII. Donde José González se ve atrapado en una redada 153

XXIV. Donde José González le da una patada a un balón 163

XXV. Donde José González es despertado por un ser de otro mundo 172

XXVI. Donde José González es tentado con delicias del paraíso 179

XXVII. Donde unas sombras terribles amenazan al bosque mágico 187

XXVIII. Donde José González es llevado en presencia de una presencia del más allá 193

XXIX. Donde unas sombras terribles siguen amenazando al bosque mágico 201

XXX. Donde José González es invitado a cerveza 208

XXXI. Donde José González quizás se tire por un puente 216

XXXII. Poema del bosque 222